



Rondas I, 2008
Carolina Convers



Mónica Sánchez Bernal

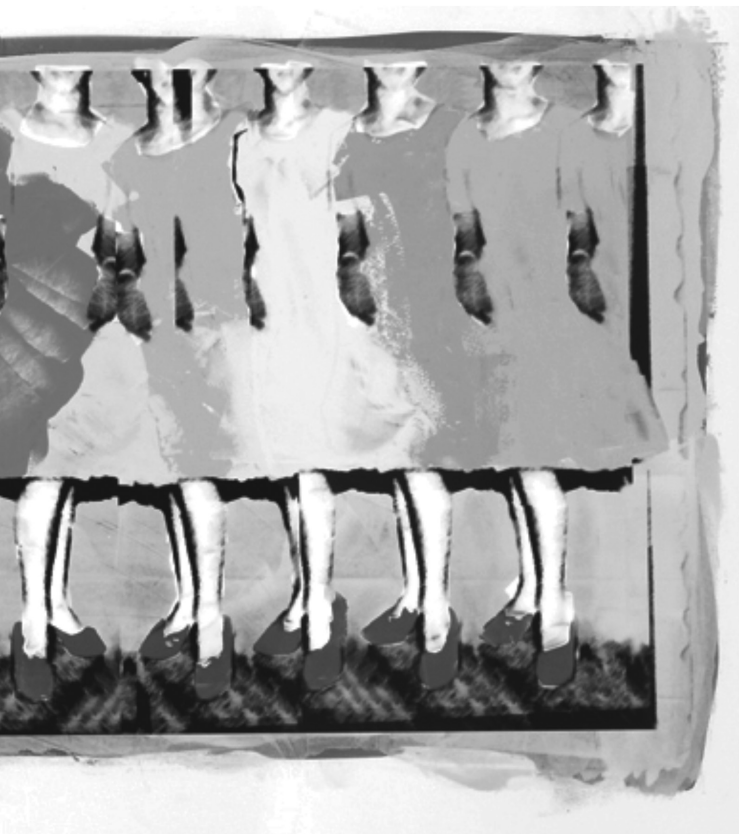
Arquitecta. Magister en Arquitectura de la Vivienda
Universidad Nacional de Colombia

Detrás del espejo, la otra piel en anverso: Carolina Convers



Gloriaspiccola, 2009
Carolina Convers

¿Qué hay detrás de una obra de arte? ¿Cuánto hay de la vida de su autora, inmerso en su obra? ¿Es la obra un intento de resistencia por desprenderse de sí misma? ¿O será la obra un paso adelante para situarse desde lo ajeno en lo personal común, en este caso, el de las mujeres? En general los registros, visuales o medio-audiovisuales, nos permiten conservar espontáneamente voces, sonrisas, miradas, lugares recorridos, momentos definitivos. Sin embargo, evitamos mantener vivos los quebrantos en la memoria, en las historias, en los cuerpos de las mujeres: huellas eternizadas de la ausente en la presente... Es entonces, desde esta posición de mujer que reta al tiempo y un devenir que atraviesa generaciones, donde el ser artista permite tomar distancia de sí para indagar en



lo indecible, en lo innombrable, en lo silenciado o pasado por menos en un continuo extendido.

Como sucede con la piel, la obra misma lleva tatuadas las historias que no se cuentan por no tener la importancia que pareciera a los ojos de los grandes hechos y de las obras renombradas. Es en la materia donde se inscriben sentires, saberes, dudas, pequeños resquemores, en y debajo de su superficie. Acetatos de mediano y gran formato invadidos de colores intensos, sombras aquí y allá que visten o desnudan situaciones, rostros tachados aún sonrientes y cabezas despeinadas, son convertidos por la artista plástica barrameja, Carolina Convers (1973), en pieles artificiales que soportan imaginarios e his-

torias de los tiempos de las mujeres de la familia que la preceden, en medio de un entorno de mestizajes culturales. Ciudad de México, San Francisco, Roma, Lugo, Barrancabermeja, Bucaramanga, Medellín, Manizales, Bogotá, han sido ciudades cómplices en su aventura por traspasar los límites del tiempo y el espacio, y darle un vuelco a la mirada sin pretensiones, descubriéndose en el día a día.

Una casa, piel afuera; dos casas, piel adentro. Superficie exterior reluciente, superficies interiores sensibles al tacto: Galería Doscasas, como una obra reciente de su haber, situada en la zona M del Barrio La Macarena en Bogotá, se convierte desde ahora en un nicho creado que alberga un laboratorio y un espacio expositivo donde las artes, lo personal y lo colectivo cohabitan. Esta casa de los años “sin-cuenta” del siglo pasado, también rescatada del tiempo como lo ha hecho con las fotografías del álbum familiar, estrena un aire de rejuvenecimiento-retro vestida de bermellón: propio de las reacciones entre el mercurio y el azufre, casi endémico y posiblemente polémico, es a la vez preservador de todo cuerpo en su interior, color considerado de la vida, color de la eternidad. En esencia, obra, acción, materia y mujer, responden a principios de libertad para ser sí mismas, y sin aspavientos la contienen.

Familiares o conocidas, no todas están reflejadas en cada instantánea retocada, y frente a los acetatos, quien observa, puede verse adentro, reconocerse parte de este mestizaje. Si bien la arquitecta Lina Bo Bardi abría la posibilidad de encontrarse prácticamente como si una-espectadora fuera la artista, de pie frente a la obra de arte contemplada a través de los bastidores de base sólida y lámina etérea, Carolina Convers nos permite, a través de la materialidad de sus obras, encontrarnos con realidades que por su brillo parecen esplendorosas y al mismo tiempo son tan frágiles como el cristal: sólo basta entonar una nota “crítica-aguda” para encontrar la vulnerabilidad de todo aquello que parece y trata de ser perfecto, en el propio reflejo, en un más allá a

punto de estallar, de quebrarse, de romper su calma, de transgredir sutilmente la norma, de verse perturbado por un leve cambio de inclinación intencional. No necesariamente se trata de heridas mal sanadas, son, finalmente, pequeñas historias de la vida cotidiana de las mujeres que alimentan y reiteran las memorias comunes.

En este número 19 de la revista EN OTRAS PALABRAS... Carolina nos acompaña con su obra, sus vestidos y colores a celebrar nuestros quince años de existencia, a propósito de efemérides. Comprometida con su hacer restaurador de memorias y con el espíritu del Grupo Mujer y Sociedad en darle vuelo a la mirada de las mujeres, que están y ya no están entre nosotras, quien pase estas páginas se encontrará con una muestra de su arte y, a modo de historias hiladas, puntadas sueltas escritas que las lectoras y los lectores podrán abordar en orden y en desorden.

Entonces, con el uso de la fotografía como recurso visual, la artista devela un juego contemporáneo de marcaciones, incontenible, seriado, polifónico. Araceli, América, Sonia, Nora, Leonora, Estela, todas traídas desde el álbum familiar, son reincorporadas al hoy para simbolizar la presencia de aquellas mujeres, ahora convertidas en estelas, que se siguen la una a la otra, siendo ellas mismas y a la vez otras: las mujeres de tu familia, las de la mía, las de una generación inscrita en los tiempos del modelo de mujer moderna. Un modelo tan incómodo para la autonomía lograda como vigente aún en ciertos ámbitos sociales.

La danza, específicamente el ballet, hace parte implícita de la memoria personal de la artista, mediante la cual hace traspasar la experiencia de los movimientos

del cuerpo a los trazos pictóricos, de la repetición coreografiada imperfecta de brazos, siluetas y cuerpos femeninos hacia las rondas recompuestas, retocadas, transformadas, resignificadas a modo de catarsis personal, familiar, cultural. Es, además, en los espejos de los salones de baile donde se fuga el otro sí en un eterno reflejar. Las mujeres, retratadas por la cámara o en el espejo, dejan permear solo una parte de lo que han vivido, la parte oculta queda atravesada en los acrílicos, del lado anverso, donde su lectura no requiere de teorías ni catalejos, está en carne viva. Son ellas pieles termoformadas a mano en la cocina de la casa, siglo a siglo, para luego ser expuestas, cada una como sí misma, única, y a la vez ser parte de un todo, colectivo dinámico, pero distinto en sus gestos, dolores y querer. Materiales, soportes y normas son para la artista performática de ayer, insumos del ser artista plástica hoy, a la hora de hacerse valer en un gremio androcéntrico, como aún lo es el mundo del arte que se dice agénero. Donde un sutil giro en la comisura de los labios puede desatar la pasión o la hoguera, muy lejos del respeto hacia lo diferente o del reconocimiento a la experiencia heredada, en parte sufrida y en parte gozada.

¿Será entonces cuando aparece una niña mala en la escena familiar, como la que evoca Montserrat Ordóñez, ella transgresora, ella perturbadora, par guantes y guías de recorte de patrones inútiles de costado, que lo cómodo pierde sentido, que la sonrisa sostenida no sentida enmascara otras realidades, otras historias, otras memorias? Porque la niña mala también cumple quince, treinta, cien años... consolida sus apetencias, encauza sus energías. Es más, madura y envejece siendo niña. Celebra de otra manera, eso sí, desde su piel marcada a carcajadas, gesto a gesto.